

A.C.N. DE P.

AÑO XIX

Madrid 1 de mayo de 1943

Núm. 309

El Cardenal Primado de Hungría habla SOBRE LA PRENSA CATOLICA

El Cardenal Sériedi, Primado de Hungría, ha pronunciado importantes palabras sobre la prensa católica al recibir a los directores de la Empresa de Prensa Católica que le han visitado con motivo de las bodas de plata de su entidad.

Al igual que recogimos las palabras del Cardenal Patriarca de Lisboa sobre el mismo tema, recogemos hoy las del Purpurado húngaro, concediendo a las dos altísimas alocuciones toda la importancia que tienen, realizada además por haber sido pronunciadas en países católicos de regímenes no democráticos.

La Empresa de Prensa Católica

La Empresa de Prensa Católica, establecida en Budapest hace veinticinco años, fué fundada por iniciativa de un padre jesuita, otro padre franciscano y un padre cisterciense, y entregada a los seglares. En la actualidad la Empresa posee dos diarios en Budapest, uno de los cuales es el de mayor circulación de Hungría; un semanario ilustrado y una publicación periódica de novelas de lectura moral.

El trabajo realizado

Los directores y el personal de la Empresa de Prensa Católica se trasladaron a Estrigonia, residencia del Eminentísimo Cardenal Sériedi, Primado de Hungría, para renovar en su persona, a él y a todo el Episcopado húngaro, el testimonio de su profunda devoción y su propósito reafirmado de servir siempre la causa de la Iglesia y de la Patria. Usó de la palabra el conde Juan Zichy, presidente de la Empresa, que dijo así:

"La Empresa Central de la Prensa Católica Húngara, al cumplir los cinco lustros de vida de sus periódicos, se presenta a vuestra eminencia para darle cuenta de su actividad. Nuestra relación será breve: hemos comprendido cuál es nuestro deber, y este deber lo hemos cumplido siempre sin falta. La nueva prensa católica húngara, adaptada al tiempo actual, ha renacido con el espíritu nacional cristiano. Pero este espíritu, sin la nueva Prensa Católica, no hubiera podido elevarse victoriosamente ni alcanzar las metas a que llegar debía. Esta prensa sigue intrépida el camino recto señalado por la perpetuidad de los principios de los fundadores del Reino cristiano magiar; el camino de la unidad cristiana húngara, inseparable e indisoluble de la Iglesia y de la Patria.

La consciencia cristiana, la prudencia húngara y la responsabilidad del periodista han guiado nuestros dos periódicos, en los que se escribió siempre la verdad con lúcida firmeza. Los intereses individuales, los cálculos mercantiles, la lucha para la potencia, la rebeldía, el partidismo, jamás fueron nuestros fines; ni siquiera los usamos como medios. Hemos pensado siempre que el periodismo es un servicio público que exige de sus trabajadores vocación, valor y carácter. Cuando fué necesario escogimos antes la derrota o el peligro de la suspensión que una existencia precaria a costa de comprometernos y de replegar, humillados, nuestra bandera.

En el vigésimoquinto aniversario de nuestra existencia queremos daros cuenta de nuestra buena intención, de nuestros fines puros, de la honradez de nuestro trabajo y del resultado de nuestra lucha. Y al propio tiempo hemos venido ante Vos, nuestro Sumo pastor, para expresaros nuestra profunda gratitud por el continuo apoyo, la sabia dirección, los ánimos tantas veces dados y la férrea y magnánima mano paterna que en todo momento hemos sentido encima de nosotros y sobre nuestras obras."

Los elevados fines de la Empresa

El Cardenal Primado de Hungría respondió: "Con grande emoción he escuchado la historia que me habéis hecho, porque un cuarto de siglo no es sólo un período de gran importancia en la vida de los individuos, sino también en el de las respetables instituciones, organizaciones y empresas que luchan por la justicia, siguiendo sus caminos para que ella reine sobre la tierra, caminos que muchas veces son fatigosos y tortuosos. Porque aunque el hombre por su misma naturaleza inteligente ansie la justicia, su imperfección y los intereses egoístas se contraponen muy fácilmente a ella, de tal manera que proclamar la justicia, con frecuencia significa luchar contra los seres mezquinos y egoístas, y, por tanto, de parte de quienes la proclaman y de los que por ella combaten se exige casi siempre constante sacrificio y gran valor; y precisamente por esta lucha la justicia merece más respeto. Habéis evocado la actividad de la Empresa Central de la Prensa Católica, iniciada en una atmósfera amenazadora de revolución simultánea para nuestra Iglesia y para nuestra Patria, y subrayasteis la

gran fortaleza de ánimo que fué necesaria por parte de quienes la crearon y la colocaron siempre por encima de cualquier fin de pequeño interés, dedicándola a luchar contra lo antirreligioso y lo antinacional y a propugnar la causa de la patria cristiana, del Estado del rey San Esteban.

La humanidad no se dejará engañar hasta lo infinito, sino que antes o después reclamará la justicia, cuya proclamación y difusión crea no sólo amigos, sino muchas veces también enemigos; vuestra empresa supo mantener brillantemente la justicia y la propagó y como consecuencia de ello obtuvo el respeto, porque la justicia lo impone hasta a los mismos adversarios.

La propaganda de la justicia

Y yo aseguro que precisamente por propagar la justicia habéis inspirado tanto respeto y consideración; respeto y consideración sobre los cuales, al principio, vuestros fundadores no podían tener seguridad ninguna. En realidad los periódicos de la Empresa proclamaron incesantemente los axiomas de la moral cristiana y de la doctrina católica y defendieron el verdadero bien de la nación húngara. Proclamaban la necesidad de la intrépida fidelidad a la Iglesia y a la patria, al trono papal y a la sacra corona húngara; en las relaciones individuales y colectivas, defendiendo los derechos del hombre, la dignidad, la igualdad y la libertad humanas según la voluntad divina; la solución inteligente, justa y moral de los grandes problemas económicos y sociales. Proclamaban la igualdad fundamental de los Estados y la soberanía de los mismos y, conforme al derecho innato de nuestra nación, lucharon por su libertad y su independencia y por la constitución tradicional de la Monarquía de San Esteban.

Los diarios de la Empresa de la Prensa Católica Húngara salieron con valor al campo para que los ciudadanos católicos húngaros pudieran profesar libremente su religión, tuvieran sus escuelas, sus asociaciones y su matrimonio canónico y además para que se respetara el derecho a la vida de las familias húngaras y a la prole magiar. Y con la publicidad fácil apoyaban la caridad católica y la Acción Católica entre nuestro pueblo, mientras que en el extranjero promovían con el mejor éxito nuestras relaciones internacionales, propagando las grandes fiestas religiosas y nacionales, como los jubileos

CIRCULO DE ESTUDIOS DE MADRID

EL ALMA RACIONAL COMO PRINCIPIO DE LAS CUALIDADES INTELECTUALES Y MORALES DEL HOMBRE

Por Juan José Barcia Goyanes,
del Centro de Valencia, catedrático de Medicina

Don Fernando MARTIN-CANCHEZ JULIA: Nos va a hablar hoy Juan José Barcia Goyanes, a quienes ustedes conocen, porque el año pasado ya nos habló en este Círculo de Estudios.

Es secretario del Centro de Valencia y, por tanto, representante oficial del mismo. Hay que tener en cuenta que el Centro valenciano es de los que reúne mayor número de universitarios y, en general, de elementos intelectuales y pensadores de la Asociación, y Barcia es rey feliz de ese conjunto de pensadores.

Va a desarrollar hoy la tercera conferencia de la segunda parte de nuestro temario sobre errores modernos, que corresponde a la tercera tesis de la Sagrada Congregación de Universidades y Seminarios, que dice textualmente: "De la sangre, sede de los caracteres de la raza, como de su fuente principal, se derivan todas las cualidades intelectuales y morales del hombre".

La tesis

Juan José BARCIA GOYANES: La tesis que nos corresponde demostrar esta tarde ha sido formulada por el autor del programa que nos ocupa este curso, para enfrentarse con la proposición heterodoxa que dice así: "De la sangre, sede de los caracteres de la raza,

como de su fuente principal, se derivan todas las cualidades intelectuales y morales del hombre."

Si se analizan los términos en que una y otra están formuladas, se echará de ver pronto que su oposición es sólo parcial. Si en la primera se pretende demostrar que el alma racional es el principio de las cualidades intelectuales y morales



Barcia Goyanes

del hombre, en la segunda se afirma que es la sangre—o si lo queréis, el

soma, el cuerpo, ya que aquí la sangre no hace sino simbolizar a éste—la fuente principal de tales cualidades; pero no excluye otras fuentes o principios, si bien se les relega a un lugar secundario. Por esta razón no puedo limitarme hoy a defender la tesis que se me ha encomendado, ya que, a mi juicio, su demostración no probaría completamente el error de la proposición en contra de la cual se ha alzado. Pero es que, además, es evidente que si lo que se pretendiese fuera únicamente la demostración filosófica de esa tesis, no se me hubiera confiado a mí tal cometido, sobrados como estáis en este Círculo de compañeros que puedan hacerlo con más autoridad y competencia.

Ello sería por otra parte muy fácil dentro de los principios fundamentales de la ontología y la psicología aristotélica-tomista. Me limitaré a recordar brevemente las líneas generales de tal demostración.

Sabéis bien que la psicología tomista no es sino un genial desarrollo de la ontología aristotélica. De igual manera que todos los seres corpóreos se componen de dos sustancias incompletas: la materia y la forma, que hacen respectivamente el papel de la potencia y el acto, necesarios para la concepción del ser contingente, la persona humana se compone también de materia—el cuerpo—y de forma: el alma racional. El alma racional se une directamente al cuerpo sin interposición de ninguna otra forma secundaria como sería el alma sensitiva de los tractomistas o la forma de corporeidad de los escotistas. Esa unión directa es además sustancial de tal manera, que de ella resulta una sola sustancia y por lo tanto al alma debe el cuerpo el ser cuerpo viviente y humano. Ya, por lo tanto, en este mero sentido ontológico puede afirmarse que el alma racional es principio de todas las cualidades intelectuales y morales del hombre, como lo es de todas las demás empezando por la existencia. Pero es claro que no se refiere la tesis de que aquí nos ocupamos a esta forma de "ser principio".

Para apreciar debidamente a qué se refieren estas palabras en la tesis y la antítesis es preciso que recordemos las esferas culturales distintas de que una y otra proceden. En el mundo de la tesis existe una clara separación entre las esferas sensitiva e intelectual. La imaginación, la memoria, por ejemplo, no pueden considerarse cualidades intelectuales en sentido estricto, ya que esta palabra hace relación al intelecto, al entendimiento, es decir, a aquella facultad por la que conocemos "lo que son las cosas ya en sí mismas, ya las unas respecto a las otras, los tipos de ser y las relaciones abstractas y universales en ellos realizadas". En cambio, en el mundo de la antítesis no se hace tal distinción. Aquí se confun-

den en un conjunto todas las facultades cognoscitivas, llamadas ordinariamente "representativas". En el mundo de la tesis sólo el alma en cuanto es racional puede ser principio del conocimiento racional y, por tanto, de las cualidades intelectuales del hombre. En el de la antítesis se concibe la inteligencia como el lento evolucionar del mero conocimiento sensitivo. Lo propio ocurre con las cualidades morales. Mientras en la esfera de la tesis sólo puede tenerlas la persona humana—*actiones sunt suppositorum*—, ya que sólo ella es libre y puede señalarse un fin después de haber conocido y reconocido un mundo de valores entre los cuales se señala aquél como deseable y al cual tiende voluntariamente, en el mundo de la antítesis las cualidades morales aparecen como meras evoluciones culturales de los reflejos condicionados, surgiendo por tanto del oscuro fondo instintivo del hombre. La primera distingue una voluntad libre, fundamento y principio de las cualidades morales. Para el segundo las tendencias volitivas forman un todo confuso e informe cuyos nombres—*libido*, *Geltungstrieb*—revelan que se mueven en el exclusivo plano de los apetitos.

De aquí el escaso valor de una demostración racional que arranque de los principios escolásticos frente al mundo representado por la antítesis. Son expresiones en dos lenguas diferentes. No es que al decir esto admita ni por un momento nada que se parezca a un relativismo en el conocimiento. Cuando se hablan dos lenguas distintas se puede expresar en ambas una misma verdad o bien ser una de ellas vehículo de la verdad y la otra manifestación del error, como ocurre en esta ocasión. Pero es indudable que no podremos llevar nuestra verdad a quien dialogue con nosotros si no empleamos un idioma para él inteligible. Y no hemos de olvidar que al discutir—si no lo hacemos con algún fingido maniqueo—no es la ratificación de nuestras creencias lo que buscamos, sino el hacerlas accesibles a nuestro interlocutor. Nos encontramos frente a un mundo que todavía cree en gran parte que su ciencia está extraída directamente de la experiencia, sin una teoría que permita captar los hechos y clasificarlos y aun—en cuántos casos—deformarlos. Y aunque estamos de vuelta de todo esto y ya no hay entre nosotros—o al menos no debiera haber—quien repita aquellas palabras de Claude Bernard de que las teorías pasan y los hechos quedan, y aunque también la filosofía escolástica tiene su fundamento en la experiencia, es lo cierto que los hechos experimentales aducidos generalmente son ya extraños a las preocupaciones del hombre actual. Con demasiada frecuencia nos olvidamos de que Aristóteles y Santo Tomás fundaron sus sistemas en los hechos vivientes que les rodeaban y

de San Emerico, Santa Isabel de Hungría y San Esteban, nuestro gran rey, así como el Congreso Internacional Eucarístico de Budapest."

El señor Cardenal terminó agradeciendo, en nombre del clero y de todo el Episcopado húngaro, una vez más a la Empresa de la Prensa Católica su labor, implorando sobre ella la protección del Señor y dando a todos los presentes la bendición.

que, de vivir hoy, su lenguaje expresando siempre la misma verdad perenne tendría los giros modernos y estaría lleno de ejemplos tomados de las ciencias más jóvenes y actuales. Es vieja ya en mí esta preocupación, y en una de nuestras asambleas celebrada en Santander y con motivo del proyecto del curso de filosofía que más tarde cuajó en realidad y se dió en el C. E. U., ya me referí al aislamiento de la filosofía tomista a causa, en parte, de ese anquilosamiento en los ejemplos.

Pero aun hay más, y ésta que voy a exponeros es la principal razón por la que he creído que mi intervención hoy no podía limitarse a la demostración de la tesis que se me ha confiado. Es probable que nuestro imaginario contrincante no se esforzase demasiado en destruir nuestros argumentos; no es, a mi juicio, la suya una proposición materialista como a primera vista pudiera parecer, sino, sencillamente, racista; como todas las demás de la serie, tiene el sello terrible del modo de ser pragmático del hombre moderno que ha perdido la fe en la razón como medio para encontrar la verdad y cree, como los sofistas, que toda doctrina es un conjunto de razonamientos al servicio de un interés: simplemente, **propaganda**, para decirlo con la palabra de moda. Así, pues, suponiendo demostrada nuestra tesis, poco habríamos logrado frente a la proposición condenada que aquí nos ocupa hoy, ya que en ella lo importante no es el problema filosófico que plantea, sino la pretensión de que de tal manera influencia el cuerpo las cualidades intelectuales y morales del hombre, que si lo gramos modificar aquél a voluntad, lo cual es el objeto de la eugénica y la higiene de las razas, habremos conseguido influenciar éstas en el mismo sentido. Y como sabemos que el alma desarrolla en este mundo todas sus funciones por medio del cuerpo y en íntima conexión con él, podría ocurrir que, de igual manera que una lesión cerebral puede suspender totalmente todas las facultades intelectuales y morales del alma, ciertas modificaciones del mismo o de otros órganos condicionasen de una manera absoluta el ejercicio de las facultades anímicas, aun las superiores. En ese caso estaría perfectamente justificada una preocupación exclusiva por la mejora de los cuerpos, ya que las almas, aparte de no hallarse sometidas a nuestra acción selectiva, se hallan todas dotadas por definición de todas las potencialidades específicas de que es capaz el hombre.

Es lo mismo que ocurre con los perfeccionamientos técnicos. El hecho de que no sea el avión el que se conduce a sí mismo, sino que es el piloto el que lo lleva, no impide que toda la preocupación de los constructores se dirija a la consecución de mejores tipos de avión y de motores más perfectos, ya que la capacidad de los pilotos para dirigirlos se supone "a priori".

Vamos, pues, a consultar a la experiencia; pero como a ésta no se la interroga, crean lo que quieran los papistas que hablan todavía de la objetividad absoluta de las observaciones y de la libertad de prejuicios, sin una hipótesis que oriente nuestra labor, nuestra hipótesis de trabajo puede formularse en los siguientes términos: ¿Han de atribuirse al conjunto de potencialidades innatas en el cuerpo humano de una ma-

nera principal las diferencias entre las cualidades intelectuales y morales de hombre y hombre? Si esto es así, es indudable que a las diferencias corporales entre unos y otros miembros de la especie humana que caracterizan las razas corresponderán proporcionales diferencias intelectuales y morales.

Ahora bien: al acercarnos a los hombres sujetos a nuestra observación no podemos verlos desligados del medio en que viven. La más superficial experiencia ya nos enseña que este medio actúa modificando sus caracteres somáticos, de tal manera, que, por ejemplo, la acción de los rayos solares oscurece la piel; la alimentación copiosa aumenta por lo común las reservas de grasa, etcétera. Luego, ante cualesquiera diferencias somáticas que nos encontremos habremos de discernir si son debidas a las potencialidades que el hombre trae desde su concepción, lo que se llama el "genotipo", o a la acción del medio. De igual manera, ante las diferencias intelectuales y morales nos habremos de plantear la pregunta de si tales semejanzas radican principalmente en las distinciones corporales innatas—genotípicas—o en una posible acción del medio, uno de cuyos más importantes elementos en orden a las cualidades que nos ocupan es lo que llamamos educación.

Observarán ustedes que prescindimos por el momento de la existencia o no existencia de un alma racional; es que ésta podrá servirnos en todo caso para interpretar los resultados, pero no para modificar nuestras observaciones. Pero hay más: aun dentro de la filosofía ortodoxa, es al cuerpo a quien hay que atribuir las diferencias innatas entre los hombres.

A dos pueden reducirse las opiniones corrientes entre los teólogos sobre esta cuestión. La de quienes sostienen la igualdad sustancial de todas las almas humanas, entre las cuales se encuentran los escotistas, el P. Soto y la mayoría de los autores modernos. Según esta opinión, las diferencias naturales de las almas son solamente accidentales y resultantes de su unión con el cuerpo, del cual recibe la forma su individuación. Claro está que, según esta teoría, todas las diferencias innatas entre los hombres han de ser atribuidas al cuerpo. Otros teólogos, entre los cuales se encuentra Santo Tomás y la mayoría de los tomistas, sostienen que las almas son de perfección desigual pero proporcionada a la perfección de la materia preparada por los padres. Así, pues, aunque siguiendo esta opinión, las diferencias innatas entre hombre y hombre se deben por igual al alma y al cuerpo; como las de aquélla aparecen condicionadas en cierto modo por las de éste, sobre éstas recae el principal papel.

Podemos, por lo tanto, prescindir de momento del problema del alma y acercarnos a la realidad para discernir la parte de lo innato y del medio en la génesis de las diferencias intelectuales y morales entre los hombres. Y para ello nada mejor que preguntarle a la ciencia que estudia precisamente lo que hay de innato en esas diferencias: a la genética.

Nos plantearemos, pues, estas tres preguntas:

Primera. ¿Se transmiten por herencia los caracteres somáticos que diferencian a los individuos?

Segunda. ¿Se transmiten por herencia las diferencias intelectuales?

Tercera. ¿Se transmiten por herencia las diferencias morales?

La herencia de los caracteres somáticos

No he podido explicarme bien, aunque alguna vez lo he intentado, la instintiva repugnancia con que ven los católicos los estudios sobre la herencia. Me recuerda la reacción que se produjo en su tiempo frente al evolucionismo o las localizaciones cerebrales. Pero aquí la cosa tenía fácil explicación, ya que la teoría de la evolución veíase difícilmente conciliable con el Génesis y contra él se esgrimía gozosa y estultamente, y las localizaciones cerebrales, tal y como se concibieron en algún momento, parecían oponerse a la doctrina de la simplicidad del alma. Pero nada parecido ocurre con la genética, aunque en ella hayan querido apoyarse leyes incompatibles con la libertad y la dignidad humanas. De ello no tiene la culpa, como no la tiene la Medicina, aunque sin una y otra no fueran posibles tales leyes, ya que la primera puede señalar la probable transmisión hereditaria de determinados defectos y la segunda hacer posible la esterilización por procedimientos inocuos; pero ni la una ni la otra son responsables del mal uso que de ellos se hace, ni de que la estupidez humana pueda hacer que el cuadro por el que un acto es posible pase a ser el fundamento jurídico del mismo.

Tal vez sea el temor inconsciente a aumentar las responsabilidades y dudas de la elección de consorte con el conocimiento de peligros que, una vez hecha realidad, son más difíciles de soportar al saberse evitables con la sola razón humana; o quizás el más noble anhelo de sentirnos más libres de lo que somos en realidad como si no estuviésemos llenos los libros santos de alusiones al peso de la carne y la ley de los miembros. Lo ignoro, y no he tenido tiempo de investigarlo a pesar de que el tema me atrae; mas la reacción es indudable, y yo que en bastantes ocasiones me he ocupado del mismo tema ante auditorios de los nuestros, he visto claramente la alegría con que los rostros acompañaban los fallos de la genética y como una sombra pasaba sobre muchos de ellos si afirmaba lo verosímil de ciertas previsiones.

Y, sin embargo, si alguna cosa está bien demostrada, es la transmisión de los caracteres individuales por vía de herencia. Al hablar de caracteres individuales me refiero a aquellos que, combinados de diversa manera, hacen que sean distintos dos individuos de la misma especie, y empleamos este nombre para diferenciarlos de los caracteres específicos. Por éstos un ser determinado es hombre; por los primeros es Juan, Pedro o Antonio. Y así son caracteres individuales, por ejemplo, el color del pelo, la forma de la nariz, el color del iris, la talla, etc. Estos y otros innumerables caracteres se transmiten por herencia, de padres a hijos. Tal vez todos estéis pensando en hechos corrientes de observación por los que de dos padres de ojos oscuros procede un hijo con ellos azules; pero es que, mientras ciertos caracteres han de hallarse manifiestos en uno de los padres para que puedan aparecer en los hijos—esos son los caracteres llamados dominantes—otros pueden hallarse latentes en ambos y hacerse sólo manifes-

tos en los hijos cuando se reúnen en el cigoto los determinantes de dichos caracteres contenidos en los gametos paterno y materno. Son éstos los caracteres llamados recesivos. Si se tiene en cuenta que la mayor parte de los caracteres individuales están condicionados por el concurso de varios determinantes—las llamadas genas—y que, además, los caracteres no se heredan como tales, sino que lo que se transmite es sólo la posibilidad de ostentarlos, siendo necesario, para que esa potencia se trueque en acto, la concurrencia de un medio favorable (tomada la palabra medio en su más amplio sentido de tal modo que designe no sólo el ambiente en que el ser está colocado, sino los demás elementos de la constitución corporal, lo que se llama el medio interno) se comprenderá lo difícil que será en la mayoría de los casos el seguir la transmisión de generación en generación de un determinado carácter o, por mejor decirlo, de los determinantes del mismo. Esta inseguridad actual de las leyes de la herencia llevadas al terreno de la genética humana, es frecuentemente el argumento esgrimido en contra de todas las medidas que en ella pretenden basarse. Pero bien se echa de ver que tal argumento tiene un lamentable carácter de provisionalidad y sería sólo valdadero en cuanto tales leyes no llegasen a adquirir un carácter de probabilidad semejante al de las leyes físicas. En los casos en que tal probabilidad se ha alcanzado quedaríamos inermes frente a esas medidas si es que no dispusiéramos de más fundamentales y perennes razones en contra de ellas.

El número de los caracteres individuales cuya transmisión se ha comprobado ya es muy numeroso. Y así se ha llegado a concebir el individuo como un conjunto de caracteres resultantes de la reacción entre otras tantas potencialidades transmitidas por herencia, las cuales constituyen el genotipo o idiotipo, y el medio. Ese resultado, único sometido a nuestra observación directa, forma el fenotipo o paratipo.

No es necesario, para el objeto que aquí perseguimos, que nos esforcemos en citar ejemplos, por lo demás abundantemente ofrecidos a nuestra elección, de esa transmisión hereditaria. El simple hecho de la existencia de las razas lo demuestra. Porque, o no existen éstas, y de su realidad nadie podrá dudar aunque aparecen las dificultades al punto de definir las o limitarlas, o su existencia tiene que estar ligada a la transmisión hereditaria de ciertos caracteres no propios de la especie en general, sino de determinados individuos de la misma agrupados geográficamente y diferenciables de los demás precisamente por esos caracteres.

Y si del campo de la etnografía pasamos al de la medicina, nos encontramos con innumerables enfermedades debidas a la ausencia o la presencia de ciertas gemas, que se transmiten invariablemente de generación en generación.

Pero no olvidemos, ante cualesquiera ejemplos, que lo que nosotros vemos no son las potencialidades transmitidas de padres a hijos, sino los resultados de la reacción entre aquéllas y el medio; y que, por lo tanto, al observar la tradición hereditaria de los caracteres individuales a través de medios diferentes, podremos concluir en una autonomía relativa frente a las variaciones

del medio, pero jamás en una independencia absoluta cuya demostración es imposible e inconcebible "a priori".

La herencia de las cualidades intelectuales

Si ahora nos preguntamos lo que ocurre respecto a la transmisión hereditaria de las cualidades intelectuales, y nos dirigimos en busca de respuesta a cualquier manual al uso de genética e higiene racial, como el tan difundido de Baur, Fischer y Lenz, nos encontramos en primer término con que bajo el epigrafe de "Geistige Begabung" se reúnen numerosas cualidades que nada o muy poco tienen de intelectual. Así abre el capítulo la herencia de las dotes musicales. Que tales dotes no pertenecen a la esfera que hemos definido al principio como intelectual salta a la vista, y hasta pensar en las excelentes cualidades para el canto de muchas aves para comprender que en la base de la capacidad musical existe una disposición meramente orgánica cuya transmisión nada dice en relación con el problema que nos ocupa. Algo por el estilo ocurre con las dotes para el cálculo. El simple hecho de la existencia de las maquinas de calcular ya nos debería hacer pensar en la posibilidad de una estructura puramente orgánica como base de tales dotes; pero es que las sorprendentes disposiciones para el cálculo demostradas por ciertos débiles mentales demuestran la posible independencia de las mismas en relación a las auténticas facultades noéticas. Claro es que no pretendo sostener que la existencia de esas bases orgánicas basta para producir los grandes compositores o los geniales matemáticos; para cualquiera de estas cosas se requieren facultades intelectuales de primer orden que actúen sobre ese elemento puramente material suministrado por la capacidad musical o de cálculo; pero es evidente que a éstas podrán atribuirse la existencia de familias de matemáticos o de músicos notables sin que ello suponga una transmisión hereditaria de las cualidades intelectuales que caracterizan al hombre de genio.

En este último y más valioso aspecto, en relación con la investigación que realizamos, no puede faltar la alusión al árbol genealógico de Goethe, uno de los más estudiados, empezando por el mismo en aquellos versos en que tan bien expresa la angustia que surge cuando nos planteamos en qué está la última raíz de la personalidad si nos reconocemos como un mosaico de cosas heredadas:

Vom Vater heb'ich die Statue,
Des Lebens ernstes führen,
Vom Muetterchen die Frohnatur
Und Lust zu fabulieren.
Urahn herr war der Schoensen hold,
Das spukt so hin und wieder,
Urahn frau liebe Schmuck und Gold,
Das zuckt wohl durch die Glieder.
Sind nun die Elemente nicht
Aus dem Komplex zu trennen,
Was ist dann an dem ganzen Wicht
Original zu nennen?

Entre estos estudios, el más moderno y tal vez más concluyente es el que le dedica Rauschenberger en su reciente obra: "Erb- und Rassenpsychologie schoepferischer Persoenlichkeiten". En contra de lo que es habitual en obras de este tipo, estima Rauschenberger que, aparte de la casual y feliz combinación de una serie de factores cuya concurrencia es necesaria para la producción del hombre genial, lo que trae

consigo la imposibilidad de la permanencia de la genialidad en una familia, sería necesaria la concurrencia de un perfecto desarrollo de los elementos sexuales y una especial madurez de la cultura en el momento de su aparición, para que el genio en potencia se trueque en realidad.

Así, pues, para él el factor medio es fundamental para la aparición del genio. ¿Lo será también para el desarrollo de las cualidades intelectuales ordinarias?

Es muy instructivo en este sentido lo que ocurre con los gemelos univitelinos, es decir, aquellos que por desarrollarse a expensas de un solo óvulo fecundado poseen exactamente el mismo caudal de posibilidades y, en cambio, han recibido una educación diferente. Popenxoe, genetista americano, ha publicado un caso de estos. Se trataba de dos gemelas univitelinas, Jessie y Bess, cuya madre murió poco después de su nacimiento, siendo ambas prolijadas por diferentes familias. Una de ellas, Bess, fué recogida por unos trabajadores, asistió cuatro años a la escuela y luego se colocó como ayudante en un escritorio y después como secretaria. Viajó bastante con motivo de su profesión por los Estados Unidos y el extranjero. Jessie fué adoptada por unos granjeros, asistió a una escuela superior y a la universidad. Después de un breve periodo de actividad docente se casó y tuvo un hijo; luego volvió a dedicarse a la enseñanza. A pesar de la diferente formación, las dos hermanas siguieron pareciéndose enormemente no sólo en su físico, sino en su temperamento, gusto e inclinaciones. Sometidas a un examen psicotécnico, los resultados obtenidos por ambas fueron casi iguales, con una ligera ventaja, sin embargo, en favor de Bess. Parece deducirse de esta y otras observaciones semejantes la escasa influencia que tiene la educación en el desarrollo de las facultades intelectuales. Ello no debiera extrañarnos, pues hace muchos años que se dice entre nosotros que "Quod natura non dat Salamanca non praestat". Sin embargo, creo que tal conclusión sería excesivamente pesimista. No hay que olvidar que todos los "tests" psicotécnicos están precisamente ideados para discernir lo innato de las dotes intelectuales. Pues si están hechos para esto, no puede extrañarnos que no nos permitan descubrir las modificaciones aportadas por la educación. Ello sólo podrá probar lo idóneo de tales pruebas en relación con el fin para que han sido inventadas. Pero la nula influencia de la educación, ¿cómo se compaginaría con el optimismo de la escuela de Adler, según la cual todos los hombres están mal aprovechados desde el punto de vista de sus posibilidades y una adecuada educación permitiría llegar a insospechados resultados en el desarrollo intelectual y moral de cualesquiera individuos? Claro que el que Adler y su escuela sean optimistas no prueba nada. Pero no es posible desconocer las aseveraciones de educadores dotados de evidente capacidad para la observación científica que han visto cómo es posible el desarrollo de facultades evidentemente preexistentes, pero que sin esa acción permanecerían latentes e infructíferas. He aquí ya un punto en el que se nos aparece el alma. Porque sin ella podríamos explicarnos que ciertas dotes intelectuales permanezcan dormidas por la ausencia en el portador de las mismas de los elementos volitivos necesarios para su

activación. Pero, ¿cómo explicarnos que haya quien permanezca ocioso hasta la hora de undécima porque no haya quien lo haya alquilado?

Resumiendo lo que antecede, podríamos decir que en orden a las diferencias intelectuales entre los hombres concurren a determinarlas por una parte las potencialidades heredadas y por otra la educación, tomando esta palabra, naturalmente, en su sentido más amplio. Si las diferencias congénitas son enormes y no hay perfecta educación que pueda hacer de un tonto, y aun de una inteligencia media un genio, también es cierto que dos hombres de similar talento podrán en diferentes condiciones de medio ser o un estratega de café o un Napoleón. Cuál sea el fundamental de los dos factores no será posible averiguarlo nunca con exactitud. Es natural que los genetistas carguen el acento sobre las potencialidades heredadas y los pedagogos lo hagan sobre la educación. Lo único cierto es que las diferencias que apreciamos en éste como en los demás órdenes humanos son un producto, y en un producto el más humilde factor es indispensable, ya que sin éste no existe aquél.

La herencia de las cualidades morales

Pasemos ahora al estudio de la herencia de las cualidades morales. Son éstas las que "a priori" parecen más independientes de la materia, ya que su existencia supone la libertad. Pero la libertad exige a su vez el planteamiento de un fin elegible al que ha de tender la voluntad libre, y el conocimiento de ese fin, objeto de la inteligencia, ya hemos visto que se halla influenciado por las disposiciones corporales. Pero además, y mientras nos movemos en este mundo, la voluntad libre es en cierto modo una abstracción, ya que con ella han de concurrir las demás potencias volitivas del plano de lo instintivo y temperamental: las pasiones, los apetitos. Profundamente ahincados éstos en lo más hondo de nuestro ser percedero no ha de extrañarnos encontrar una influencia mayor o menor del cuerpo en las cualidades morales. Una breve excursión por los escritos ascéticos nos haría sentir vivamente este peso de la carne, arrastrando al alma hacia abajo. Y bien ha recogido estas experiencias la Iglesia no sólo en el orden individual, enseñándonos a dominar la carne si queremos tener libre el espíritu, pero reconociendo, implícita y aun explícitamente, la transmisión hereditaria de esos factores corporales.

Así se puede leer en una respuesta de la Sagrada Congregación del Concilio (S. C. Concilii in Nullius, 13 aug. 1836) sobre la prohibición de dispensar órdenes y beneficios eclesiásticos a los hijos ilegítimos... "In iis praeterea cadit vehementer paternae incontinentiae metus, nam omnis macula quae est in patre regulariter descendit in filium." Y en una instrucción de la Sagrada Congregación de Sacramentos sobre la inquisición que deben hacer los párrocos acerca de las condiciones de los candidatos a las Sagradas Ordenes (S. C. Sacr. 27 diciembre 1930. Mod. II.) "Vum inter parentes alicuius infirmitatis indicia, ac praecipue mentis morumque pravorum, adsint, quae atavismum suspicari sinant."

¿Qué nos dicen las modernas investigaciones genéticas en orden a la

transmisión de los caracteres morales?

Si hemos visto ya al ocuparnos de los caracteres intelectuales lo difícil que se hace discernir la parte que corresponde a la herencia y cuál el medio se comprenderá que tal dificultad es todavía mayor cuando se trata de los caracteres morales, ya que la experiencia secular de la humanidad ha demostrado la mayor eficacia que en este sentido tiene la educación, que se ha orientado siempre principalmente en este orden de cosas. Sin embargo, es en este terreno donde se han hecho afirmaciones más rotundas y que en algún tiempo pudieron valer como científicas. ¿Será necesario recordar la doctrina del criminal nato de Lombroso? Pero veamos una obra reciente: "Asoziale Sippen", de F. Dubitscher. Georg Thieme. Leipzig. 1942. En ella estudia el autor concienzudamente 1.234 personas de 31 troncos o agrupaciones familiares de comportamiento asocial: ladrones, vagabundos, prostitutas, etc. De este estudio se deduce que no existe una transmisión hereditaria a una determinada forma de conducta asocial. Y ello en personas tan abajo en la escala social que las condiciones de vida en que se desarrollaban eran las más adecuadas para la perpetuación de tales tendencias, a poco vivas que fuesen. No son tan escépticos en este sentido otros trabajos recientes. La célebre obra de Lange "Verbrechen als Schicksal" muestra, a través de estudios realizados en gemelos univitelinos, el fuerte influjo que también en este sentido tienen las aportaciones genotípicas.

Pero ya la experiencia de todos los días y los datos lentamente acumulados en la historia y la hagiografía nos demuestran que, así como las diferencias intelectuales entre hermanos no suelen ser muy acusadas, las diferencias morales son de mayor entidad, y más todavía: que así como un mismo individuo muestra por lo común a lo largo de su vida la misma capacidad intelectual, en relación naturalmente con su grado de madurez y con las salvedades que puede imponer una enfermedad u otra acción violenta del medio, por el contrario, los cambios más profundos de conducta son de observación ordinaria.

Habremos, pues, de concluir que en el orden de las cualidades morales, si bien las cualidades genotípicas ejercen indiscutible influencia, se hace sentir con más eficacia que en el terreno intelectual puro la influencia del medio —aquí los diferentes factores educativos—, y hay que contar con algo no sujeta a la experiencia, que no es otra cosa que la libertad del alma.

Para resumir todo lo dicho hasta ahora no encuentro nada mejor que traducir las palabras con que no un padre de la Iglesia, sino el barón doctor Otmar von Verschuer concluye el capítulo de la herencia de las cualidades psíquicas en una obra reciente ("Leitfaden der Rassenhygiene", Georg Thieme Verlag, Leipzig, 1941):

"Los resultados de la psicología genética han sido en ocasiones interpretados erróneamente en el sentido de un determinismo materialista. Así se ha creído que la concepción del mundo, la moralidad en el vivir, la firmeza del carácter, la lealtad, la bravura y otros altos valores de un hombre deben ser vistos exclusivamente como funciones de

su acervo hereditario. De una raza pura y de una salud genotípica se desarrollarían tales valores "por sí mismos" como las propiedades corporales. La "minus valia" espiritual y caracterológica serían únicamente el resultado de la mezcla de razas o de la enfermedad hereditaria. Ciertamente la genética contradice esta falsa concepción. Es verdad que hay caracteres, como por ejemplo, los grupos sanguíneos, cuya herencia transcurre con la exactitud de un experimento físico. Pero tales caracteres determinados principalmente por herencia son relativamente raros. Gena (Erbanlage) es posibilidad de reacción. Cuáles de las posibilidades dadas se harán realidad lo determina el medio. La amplitud de la reacción, la potencia de las posibilidades de desarrollo es no sólo diferente para las distintas cualidades, sino también diferente para cada hombre. Hay hombres con posibilidades de desarrollo profundamente ligadas al acervo hereditario, mientras que para otros esas posibilidades son más elásticas. Para las cualidades psíquicas es especialmente claro que la amplitud de la reacción depende del nivel de la personalidad. Un débil mental puede ser designado como coercido, goza tan sólo de un grado limitado de libertad. Un superdotado goza de amplias posibilidades de desarrollo, parte por la mayor riqueza genotípica, pero teniendo en cuenta que todo don valioso encierra en sí la posibilidad del mal uso. El cuerpo más hermoso y el más prócer espíritu pueden ser anonadados si un joven no presenta resistencias a los factores de descomposición. El que grandes posibilidades lleguen a su plena expansión o se malogren es también fundamentalmente un problema de la educación, ante todo de la autoeducación. Genotipo es ciertamente Destino; pero hagámonos dueños del Destino mirando nuestro acervo hereditario como una tarea que hemos de realizar.

Para hacerse dueño del Destino es preciso que haya en nosotros algo que no se sujete al Destino, aunque sea también Destino o, dicho en cristiano, Providencia: el alma racional.

Si al estudiar la transmisión de los caracteres intelectuales y morales que diferencian los hombres nos hemos encontrado con que no se pueden atribuir como a "fuente principal" a distinciones genotípicas, sino que, por lo menos son la resultante del producto de éstas por el medio, prescindiendo del factor anímico que ha irrumpido de pronto en las observaciones impidiendo toda sujeción de las mismas a la ley de la causalidad se comprenderá que no es posible que tales distinciones, en cuanto no separan individuos, sino grupos de ellos, formando razas, se comportan de otra manera. En una palabra: que las diferencias raciales provengan del soma como de fuente principal y no de la reacción de éste con el medio que, si para las cualidades intelectuales y morales del individuo se llama sobre todo educación, para las de la raza se denominan cultura. Pero aunque esto aparezca así "a priori", quizás se piense que no estaría de más que consultásemos también en este punto a la experiencia.

Ahora bien: si la imbricación de lo que dimana de la constitución con lo proveniente del medio hace difícil el discernimiento de lo que de uno y otro factor depende en el orden puramente

individual, las dificultades suben de punto si nos ocupamos de los caracteres raciales no sólo por las circunstancias que rodean el problema, sino por los prejuicios con que ha sido atacado. A éstos deben aplicarse las palabras que les dedica Friedrich Hertz en el magnífico artículo dedicado a la "Raza y la Historia" en la obra de Walter Goetz: "Estas construcciones, presentadas no pocas veces con gran aparato de pseudoerudición y un estilo brillante, son en lo esencial justificaciones ideológicas de una de las fuerzas más enérgicas de nuestro tiempo, la voluntad de potencia nacionalista; y en ello consiste la causa de su éxito."

Quien quiera conocer un estudio de conjunto del problema de las razas, en su doble aspecto de la naturaleza y la historia, hará bien en leer este artículo. Aquí no podemos recoger los distintos aspectos de la cuestión que toca de una manera magistral.

Pero antes de nada hemos de preguntarnos. ¿Existen diferencias intelectuales y morales entre las razas? No hablamos aquí, naturalmente, de las diferencias en el modo y en el ritmo interior—en el tiempo—radicado en el temperamento. Es cierto que aun aquí es evidente que no puede excluirse del todo la acción del medio. Pero concedemos ya de buena gana que existen tales diferencias y que puedan ser innatas. En cuanto a las auténticas diferencias intelectuales y morales, ya es más problemática la cuestión: si nos atuviésemos a las experiencias de ciertos genetistas americanos o, mejor dicho, a las deducciones que sacan alegremente, la cosa estaría clara. En el orden intelectual existirían de tal suerte que las razas nórdicas serían más inteligentes que las latinas y eslavas. ¿Qué valor puede darse en experiencias realizadas con hijos de emigrantes europeos sin que se tenga para nada en cuenta la condición cultural tan dispar a veces de sus progenitores? ¿Cómo no se ha tenido en cuenta la enorme desventaja de producirse en un idioma extraño? En cuanto a las cualidades morales y en contra de la idea vulgar de la ferocidad de ciertas razas bien claro nos dicen las revoluciones de todos los tiempos, y especialmente la última que España ha sufrido, que sin los frenos de la cultura las pretendidas razas superiores llegan a extremos de crueldad que jamás han sido superados por los más salvajes canibales.

(Con todo y aun cuando experiencias más delicadas demostrasen la existencia de las diferencias que nos ocupan, siempre nos quedaría por eliminar el factor cultura. Esto es enormemente difícil, por no decir imposible, ya que la historia lo es de los pueblos cultos y éstos se hallan formados por una mezcla inextricable de razas. Para dilucidar el problema será necesario aislar una raza pura y ver su comportamiento en estudios culturales muy distintos y en medios geográficos diferentes. Pero las pocas razas que se mantienen relativamente puras no permiten esa observación por hallarse en estados culturales primitivos. Otro proceder sería ver el comportamiento de razas distintas en una misma fase cultural. Pero es que aparte de que la evolución cultural de los distintos pueblos está lejos de someterse a las leyes esquemáticas que en algún momento se ha pretendido haber descubierto, los datos que hoy nos proporciona la prehistoria demuestran más

Tanda nacional de Ejercicios espirituales

Y

Asamblea general de la A. C. N. de P.

Simultáneamente, del 28 de agosto al 4 de septiembre se celebrarán en la Santa Casa de Loyola y en "Villa Santa Teresa", de San Sebastián. El último día se trasladarán los ejercitantes de San Sebastián a Loyola para asistir a la Comunión final y a la Asamblea general

AMBAS TANDAS SERAN DIRIGIDAS POR REVERENDOS PADRES DE LA COMPAÑIA DE JESUS

Se admiten inscripciones en la Secretaría General de la A. C. N. de P.

Casa de San Pablo. Alfonso XI, 4, cuarto izqda. Apartado 537. Madrid

Se recuerda a los peticionarios de plazas la conclusión cuarta de Régimen interior de la Asamblea General de la Asociación del pasado año, que dice así: "Para la mejor organización de la tanda nacional de Ejercicios espirituales, las inscripciones para la misma se ratificarán dos meses antes de que aquélla comience, abonando al ratificarlas la cantidad de cincuenta pesetas, sin cuya entrega se entenderá renunciada la plaza. Dicha cantidad se deducirá de la limosna que el ejercitante entregue al terminar los Ejercicios".

bien que la cultura de los pueblos primitivos se ha producido con independencia del elemento racial. Realmente, si hay evidente exageración en la afirmación de Diltzay de que en el hombre no hay naturaleza, sino sólo historia, se aceptará después de lo dicho que también la hay, y grande, al decir que en el hombre no hay historia y sí sólo naturaleza.

La interrogación serena a la historia, aun con las reservas que anteceden, no nos da tampoco una respuesta favorable a las pretensiones racistas. Pueblos de una misma raza han demostrado notables cambios caracterológicos en el transcurso de la historia. ¿Qué dirían los antiguos germanos—pregunta Hertz—, para quienes lo más despreciable era el trabajo, de la laboriosidad de sus actuales descendientes? ¿No estarían muy distantes de considerar esto como una cualidad racial? ¿Quién podrá pensar—preguntamos nosotros—en el pueblo teocrático y patriarcal de los judíos en las condiciones para el comercio que después de la diáspora demostró la raza? ¿Descienden los pacíficos suecos actuales de las belicosas razas nórdicas que asolaron Europa durante tantos siglos con sus irrupciones sangrientas?

Los ejemplos podrían multiplicarse. Y todos ellos nos llevarían a la conclusión de que las diferencias raciales en el orden intelectual y moral si tienen un substrato innato dependen principalmente de factores culturales.

Creemos, con todo lo expuesto, haber demostrado que nuestros actuales conocimientos científicos están en contra de la proposición racista enfrentada a

la tesis que nos ha ocupado aquí. Pero, ¡cuidado! No se crea que al oponernos a ella creíamos estar defendiendo las últimas trincheras de la ortodoxia. No incurramos en el error cometido frente al evolucionismo o las localizaciones cerebrales. Hemos combatido la tesis racista porque es falsa: pura y simplemente. Como católicos, nos deja fríos. De igual manera que como anatómicos señalaríamos las diferencias somáticas que hay entre el hombre y los animales, pero bien conscientes de que todas ellas reunidas no son nada ante el hecho profundamente revolucionario y abisal que supone la aparición de la inteligencia, de igual manera todas las diferencias intelectuales y morales que proceden de la variabilidad del plasma germinal o de la ocasión del medio, son nada ante el hecho de la comunidad de origen y de destino de todos los hombres. La elevación al orden sobrenatural crea unas nuevas dimensiones, frente a las que las diferencias raciales guardan la proporción de las magnitudes del átomo frente a las distancias estelares.

BIBLIOGRAFIA

- J. J. Urráburu: "Psychologia". Pars secunda.
 Baur, Fischer, Lenz: "Menschliche Erbliehkeitslehre und Rassenhygiene". J. J. Lehmann. Muenchen, 1927.
 V. Verschuer: "Leitfaden der Rassenhygiene". Georg Thieme. Leipzig, 1941.
 Brugsch & Lewy: "Die Biologie der Person". I Band. Urban & Schwarzenberg. Berlin-Wien, 1926.
 Froebes: "Psychologia Speculativa". Tomo II. Friburgo, 1927.
 Hertz: "La raza y la historia en la Historia Universal de Goetz". Espasa-Calpe.
 Rauschenberger: "Erb. und Rassenpsychologie soepferischer Persoenlichkeiten". Gustav Fischer. Jena, 1942.